



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

3 de enero de 1891

Núm. 166



Res. 1105
BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

FLORES SILVESTRES

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

DIRÉ, con el respeto debido, que ese emperador de Alemania, Guillermo II, nos va saliendo de la piel del diablo. El ilustre soberano sale, en efecto, con unas cosas que dan muchísimo que reflexionar. Yo no sé si es verdad lo que dicen de si tiene ó no un brazo atrofiado, ó cosa por el estilo; pero, dando de barato que así fuese, sólo cabría decir —*Aprieta, manco*, ó, si se quiere, que ya sabe el emperador Guillermo donde tiene la mano derecha.

¡Caramba, caramba, caramba, camaradas, con los rescriptos y los discursitos del emperador Guillermo! Nos lo querían pintar como una especie de *Sargento Federico*, ó, mejor dicho, como un *can-dete*, y va resultando que sabe más que Briján y que tiene más *humanidades* (siquiera en plural) que Federico Díez y que M. Raoul Frary.

Todo esto que digo (si es que hasta ahora he dicho algo) viene á cuento del discurso primero (y también del segundo) del emperador Guillermo á propósito de la reforma que quiere introducir en el plan de estudios de la segunda enseñanza, que va á ser radicalmente transformado.

El emperador, que como tal puede decir cuanto le da, no ya sólo su real, sino su imperial gana, quiere que en los *gimnasios* ó institutos se prescindan de latines, griegos, retóricas y demás zarandajas inútiles para el viajante de comercio, el maquinista, el negociante, el agricultor, el marino el comisionista, etc., etc., y en cambio se aprendan cosas de aplicación práctica (lenguas vivas, geografía, la historia del país), á fin de que en lugar de salir de los institutos esas legiones de *semisabios* que se mueren luego de hambre con todo su griego, salgan jovencitos llenos de conocimientos útiles y *pragmáticos* (hablando alemaniscamente).

Me parece bien, y ojalá opinaran lo mismo los que aquí dirigen la *res publica*, como dijo el otro. ¡Cuánto bachiller en artes que no sirve para nada, faltándole conocer aquello que más importa! Un bachiller puede saber, no cabe duda, lo que es un *epifonema*, lo que es un *epiquerema*, cómo se escribe según la teoría atómica la fórmula del ácido hipofosforoso, quién ganó la batalla de *Aquæ Sextiæ*, á qué familia, género y especie pertenece el bonito, cuántos ácidos llevamos en el estómago, y cuál es la relación de la circunfe-

rencia al diámetro; pero es muy posible que ignore dónde cae Vitigudino, cómo se conjuga el verbo *andar* y qué cosa sea un escorzo ó lo que significa *superavit*.

Pues tal es el estado de cosas con que quiere acabar, y acabará, el emperador Guillermo, haciendo que los jóvenes salgan de los *gimnasios* con menos teoría y con más conocimientos provechosos. Ahora bien: si en Alemania, con haber tantas y tan excelentes escuelas profesionales ó *reales*, se ha dejado sentir la necesidad de cambiar el carácter de la enseñanza secundaria por demasiado especulativo y falto de aplicación práctica, ¿qué no será aquí, donde apenas si contamos con algunas pobres y desmedradas escuelas de artes y oficios (con honrosas excepciones), y donde el plan de estudios de los institutos es el *totum revolutum* más heterogéneo, indigesto y absurdo que cabe concebir?

Creo que estamos en el caso de pensar en hacer pronto aquí en España lo que el emperador Guillermo ya estará haciendo en Alemania, con gran satisfacción de los que tenemos siempre en los labios aquella tan sabida frasecita de *más industriales y menos doctores*.

No se crea, por eso, que hay que abandonar el culto de Homero, Virgilio y Commelerán; pero eso se queda para los que quieran penetrar en los misterios del aoristo y del pie proceleusmático. Cierto que en Inglaterra les atiborran de latín y de griego á los muchachos; pero eso queda compensado con las tremendas cachetinas que son de cajón en los colegios, con las regatas, con el *cricket*, y con otras cosas que hacen abrir mucho los ojos sobre *la realidad*, cosa que no pasa en nuestros fastidiosísimos institutos, especie de *Plomos* en que sólo queda libre de compresión *la memoria*, con casi absoluta atrofia de toda iniciativa intelectual y de todo conocimiento *per sensus*.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



Ayuntamiento de Madrid



EL PERDON

MLEGRE y animada fiesta la que los vecinos del pintoresco valle de la Umbrosa celebran anualmente el día de Pascua de Resurrección. Con el alba dejan, todos, sus modestos hogares y se trasladan en romería á lo alto de una sierra donde se levanta modesta pero veneranda ermita. Desde allí se descubren inmensos y dilatados campos, esmaltados con las más prodigiosas tintas que con su mano de hada derrama pródiga la Primavera, encuadrando el brillante cuadro ondulante cinta que fluctúa entre argentados y azules reflejos. Es la lejana playa, siempre inquieta y agitada siempre, cual si infatigable repitiese, á cuantos fijan en ella sus ojos, los recuerdos y promesas de los ausentes, de los que quizá no volverán á ver.

Pablo Durán, un tanto fatigado de la romería, regresaba con su padre á su soberbia granja, distante todavía del sendero que habían emprendido.

Pablo había salido el día antes del seminario de X., donde por consejo del cura del lugar, gran admirador de la precoz inteligencia del mozo, había permanecido algunos años. Sin embargo, como el padre de Pablo no quería hacer de su hijo un sabio, ni un obispo, ni una lumbrera del porvenir, temiendo que el que él destinaba para sucederle en sus labores agrícolas se le ingertara de señorito, lo llamó á su lado antes de que terminasen sus estudios, que, después de todo, de nada le habrían de servir.

Andaban ambos silenciosos y preocupados, absortos en reflexiones bien opuestas por cierto, cuando el viejo Durán exclamó:

—Me parece, muchacho, que has dado el día á perros. Ya se ve: como no tienes, entre tus convecinos, amigo ni camarada alguno, poco te puedes divertir; pero no temas, ya irás haciendo amistades y dentro de poco te considerarás completamente feliz.

—No, padre,—contestó con áspera sequedad Pablo;—ni hoy ni mañana tendré amigos.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?—repuso su padre con aspereza y dejando de andar.

—Quiero decir,—objetó Pablo con resolución,—que jamás consideraré como amigos á estos rústicos ignorantes, á los cuales disto mucho de considerar como mis iguales.

—Y ¿era esto lo que á tan mal traer te trae desde que has llegado?—ob-



Gabinete de estudio

servó con amargura Durán, la voz temblorosa y golpeando fuertemente el suelo con su recia chibata.—Entonces ¿tú quién eres? ¿Qué pretendes ser? ¿Acaso cura?

—No.

—¿Abogado, entonces?

—Tampoco: yo quiero ser artista,—afirmó con énfasis el ex seminarista.

—¡Artista!—repitió el padre sin comprender ni explicarse la palabra.

—Sí: quiero ser pintor.

Ayuntamiento de Madrid

—¡Ambición de holgazán!—arguyó el padre con energía.

—Vos no comprendéis el alcance de mi vocación: la carrera artística, padre, es hoy día un manantial de honores y riquezas.

—O de privaciones y miserias continuadas,—afirmó Durán con desdén.—Yo no quiero el honor ganado tan descansadamente. Además, teniéndolo propio, ¿por qué he de correr en pos del artificial?

Y exaltándose por instantes, fuera de sí por la inesperada revelación de su hijo, enarboló briosamente su chibata, amenazándole con descargarle un golpe si se oponía á sus sensatas observaciones.

Los grupos de romeros que regresaban á sus casas miraban con asombro á los Durán, cuchicheando y haciendo los más opuestos comentarios sobre aquella inexplicable sorpresa. Pero tal era la obcecación y el aturdimiento del padre, que, sin fijarse en el espectáculo que estaba dando,

—Oye bien,—decía.—Mi vida ha sido un sacrificio continuado para encaminarte por la senda del bien y de la honradez, y no es hombre honrado ni de bien el que se rebela á los consejos de su padre. El mío me encomendó, al morir, que no abandonase jamás la granja que á fuerza de economías y privaciones había adquirido. Yo no desobedecí el mandato de mi padre: al contrario, con mi trabajo, con el sudor de mi frente, he mejorado mi hacienda para que con su cuidado pudieses ser tú completamente feliz. La tierra de nuestra granja está cultivada con el sudor y la sangre de los tuyos: si reniegas de ella, Pablo, eres tan sólo un miserable.

—Lo que está pasando, vos lo habéis preparado,—contestó Pablo con altanero acento.—Si queríais dedicarme al campo, ¿por qué me disteis tan distinta educación? Ahora es tarde ya para enmendar lo hecho: la fiebre de las grandes ciudades me atrae, y no la monótona y apacible labor de los campos. No insistáis, pues mi resolución es irrevocable y cuanto antes partiré.

—¡No, mil veces no!—gritó Durán.—¡Tú serás agricultor, como tu padre! ¡Ya haré para arrancar de cuajo, de tu cerebro, tu torpe y odiosa ambición!

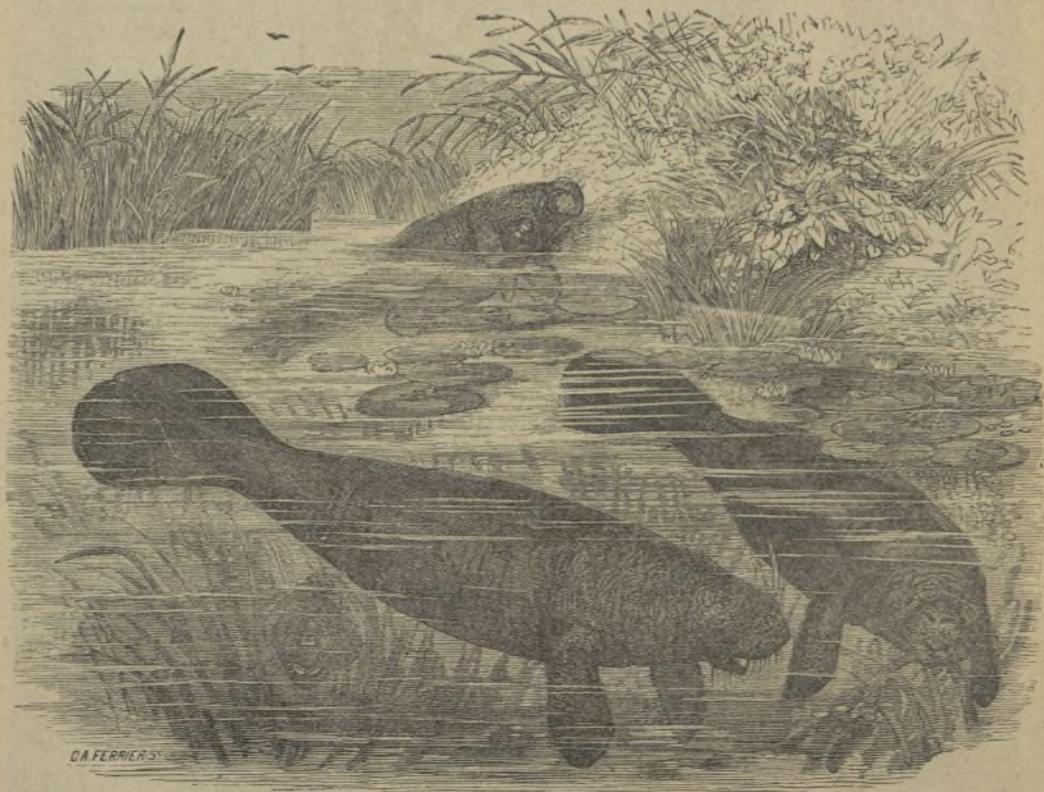
—¡Oh! Callad, padre,—gimió entonces Pablo.—¿No veis que cuanto más os empeñáis para recordarme mi origen, mayor es mi confusión? Si lo presento: vuestra ignorancia y mi humilde cuna han de ser la única mancha que ha de oscurecer el sol de mi porvenir.

Un largo y prolongado murmullo salió entonces de un grupo de labradores que acertaba á pasar. El viejo Durán creyó que un enorme peso caía sobre su conciencia para sepultar en ella su tremenda cólera. Irguióse altivo, no con el acaloramiento del hombre que disputa, sino con la grandiosa majestad del padre que se impone y, encarándose con su hijo,

—Pablo,—le dijo con voz solemne;—acabas de faltarme terriblemente al respeto: arrodíllate y pídemme perdón.

—¡Jamás!—repuso Pablo.—Cuanto os he dicho lo siento: no tengo, pues, de qué arrepentirme ni pedir os perdón.

—Oye, entonces, mis últimas palabras,—exclamó Durán.—Desde este instante quedas expulsado del hogar paterno, jurándote que no volverás á entrar en él en tanto no aplaques tu insolente orgullo. Cuando me hayas pedido perdón delante de esos labriegos, insultados asimismo por ti, entonces te abriré los brazos; ahora te arrojó de ellos porque eres indigno de mí.



Morsas ó vacas marinas

Y sin añadir palabra, y rodeado de algunos vecinos, emprendió el camino de la granja, fuertemente emocionado por la decepción que acababa de sufrir. Pablo le siguió con la vista. Cuando dejó de verlo, fijó en el cielo sus ojos y ¡oh fascinación! ¡oh remordimiento! creyó en aquel instante cejar.

El orgullo se rebeló de nuevo en su corazón, y Pablo siguió adelante.

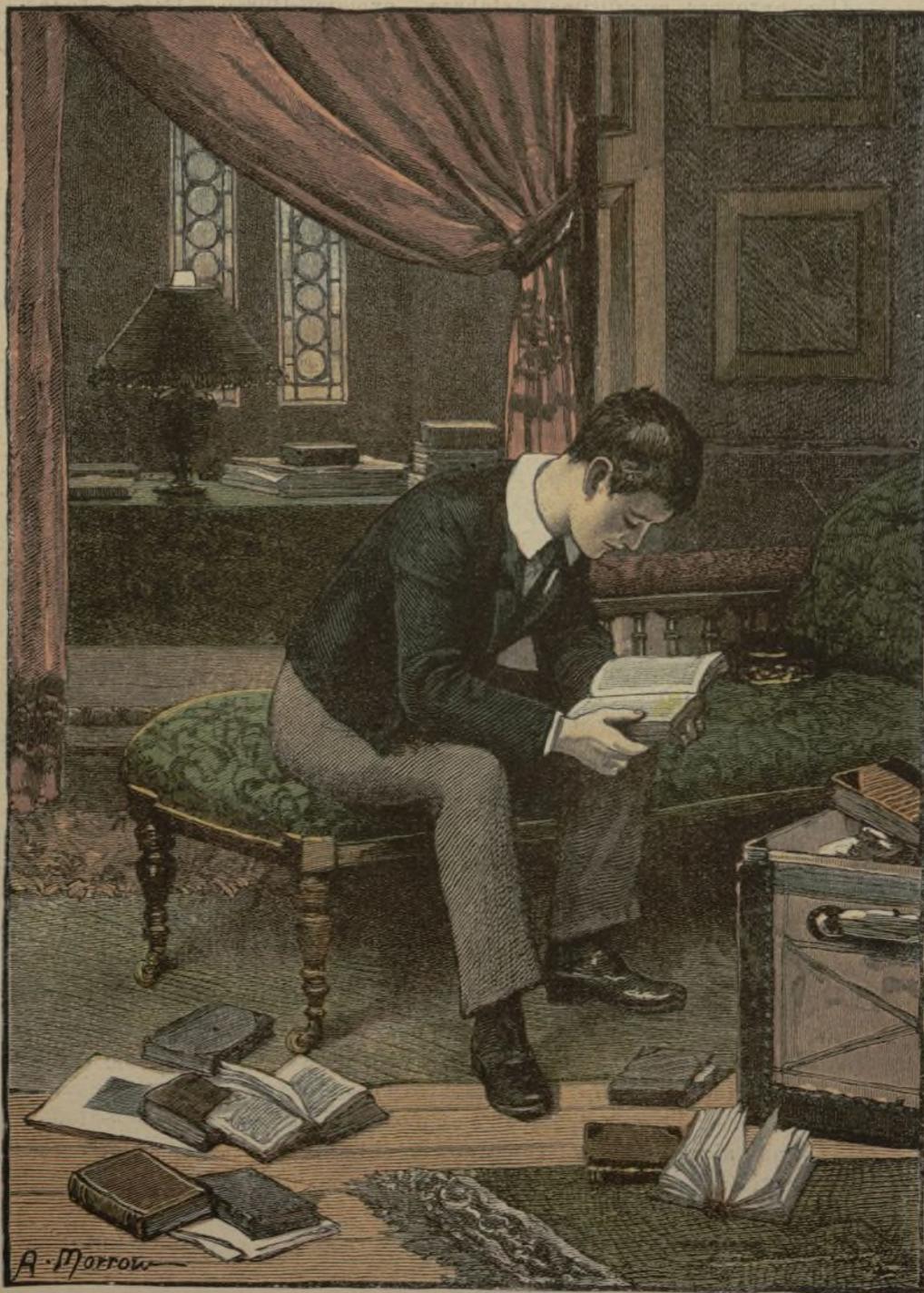
Más tarde, aleccionado por repetidos desengaños, por la experiencia y por la edad, sintió vagos remordimientos, arrepintiéndose, bien que á medias, de su gravísima falta.

(Se concluirá)

BENJAMÍN



Ayuntamiento de Madrid



UN POZO DE CIENCIA
Ayuntamiento de Madrid



LOS DÍAS DE MAMA
Ayuntamiento de Madrid

LEALTAD

DE la alta cumbre de un cerro,
por vereda tortuosa,
descendía presurosa
una niña con un perro.

El sol llegaba á su ocaso,
la noche se aproximaba,
y la niña caminaba
con precipitado paso.

El huracán azotaba
con furia ramas y troncos,
y con cien sonidos roncocos
á la niña amedrentaba.

Y aunque el frío era horroroso,
iba sin nada de abrigo,
y el perro, leal amigo,
la seguía silencioso.

La clara luna rielaba
todo aquel bello paraje
donde crujía el ramaje
y el tomillo germinaba.

Y centenares de estrellas
brillantes resplandecían,
y unas y otras competían
por coruscantes y bellas.

Sin duda para ahuyentar
el miedo que poseía,
á intervalos se ponía
la pobre niña á cantar.

Y su voz, cual un sollozo,
se perdía en el espacio
como se pierde el topacio
que se sepulta en un pozo.

Por fin dejó de cantar
y dijo á su fiel amigo:
—No vas á venir conmigo:
ya no haces más que estorbar.

Dime: ¿qué harías si á mi
alguien quisiera matarme?
¿Huir corriendo y dejarme
que me matasen aquí?—

De pronto el perro empezó
á ladrar con tal fiereza,
que la niña con presteza
la cabeza atrás volvió,

y aquella temprana rosa
percibió una sombra oscura
que infundiéndole pavora
se acercaba cautelosa.

El perro ladra iracundo,
la niña tiembla asustada,
y aquella sombra endiablada
turba el silencio profundo

con ciertos ruidos extraños
como cuando hambrientos lobos
se acercan para hacer robos
en los tranquilos rebaños.

Aquella sombra cercana
era un lobo que acudía,
que de hambre desfallecía
en busca de carne humana.

Pero el perro con presteza
se arrojó sobre él, valiente,
y el lobo, mal combatiente,
quedó muerto en la maleza.

La niña entonces bendijo
y abrazó al valiente perro,
y descendiendo del cerro,
llorando á mares, le dijo:

—Desde hoy jamás dudaré
de tu cariño hacia mí,
y que si vivo es por ti
á todo el mundo diré. —

LUIS CORDAVIAS



Maternidad

Ayuntamiento de Madrid

PREMIO Y CASTIGO

A pesar de la diversidad de caracteres, Juan y Rodolfo eran dos buenos amigos. Y digo á pesar de la diversidad de caracteres porque Juan era el prototipo de la bondad, la cordura y el buen estudiante, mientras que Rodolfo era irascible de carácter, poco reflexivo, y sólo miraba de los libros las láminas, y aun éstas si eran bonitas.

Quizá para que entre ellos se sostuviera tal cariño influyese mucho el que eran vecinos y no tenían otros camaradas con quienes entablar relaciones; pero lo cierto es que Juan y Rodolfo iban juntos á paseo, juntos se hallaban en las horas de asueto, demostrábase simpatía, y, cosa rara, no reñían jamás. En quién consistía que no riñeran no sabré deciroslo á punto fijo; pero es de presumir que Juan, con su carácter dócil, contribuyera á sostener la paz.

Los dos muchachos estudiaban segundo año de latín.

Hasta entonces Rodolfo no había perdido ningún curso, porque su padre, íntimo amigo de los catedráticos, le había recomendado, y los examinadores, bien á su pesar y obligados por ineludible ley de amistad, habían dado al joven un *Aprobado* que parecía decir *Ni quito ni pongo rey*. Pero aquel año el catedrático era nuevo, y el padre de Rodolfo estaba como sobre ascuas, temiendo, y con razón, dado lo poco que estudiaba su hijo, que le suspendieran al no ir recomendado.

Para que el jovencito estudiase habíasele prometido que le llevarían á una gira campestre y á los baños de San Sebastián en compañía de su amigo Juanito, cuyos padres tenían que llevarle para que se distrajera y engordase algún tanto, pues á causa de estudiar en demasía estaba delgado como un alambre.

—Este año iremos juntos á los baños,—decía Rodolfo á su camarada.

—Grande alegría será para mí el que me acompañes,—contestaba Juan,—pues así tendré un verdadero amiguito con el cual departir y corretear por la playa; pero he de advertirte para tu gobierno que, si el ir en mi compañía lo has de lograr saliendo airoso de los exámenes, no te descuides y aprendas las muchas lecciones que te resta aprender.

—No temas,—contestaba Rodolfo;—conozco casi la mitad de las que reza el programa.

—No es bastante eso.

—Yo con sacar *Aprobado* ya lo he conseguido todo.

—Haz lo que quieras; pero mi amistad me aconseja te diga lo que viene al caso.

—Tú siempre tan previsor.

—Así todas mis notas son *Notables* y *Sobresalientes*.

—¡Bah!

Y Rodolfo, sin hacer caso de las advertencias de su compañero, seguía

desperdiciando el tiempo de un modo lamentable y que hacía presagiar un *Suspenso*.

Llegaron los exámenes, y entonces fué el querer en cuatro días echarse al colete, como decimos vulgarmente, todas las lecciones que se pedían; mas, como esto era de todo punto imposible el conseguirlo, Rodolfo cosechó aquel año unas tremendas calabazas, mientras Juan sacaba *Notable* en todas las asignaturas.

No fué flojo el disgusto que recibieron los padres del desaplicado muchacho, y, por más que Juan intercedió por su amigo para que le dejaran ir á los baños, Rodolfo se quedó en su casa estudiando para hacer segundo examen en setiembre, mientras su compañero iba á tomar baños á San Sebastián y á disfrutar del premio á su aplicación.

Creedme, camaradas: las cosas deben hacerse á tiempo. La célebre frase de *No dejar para mañana lo que se pueda hacer hoy* es todo un axioma que si se practica da excelentes resultados. Estudiad con aplicación y conseguiréis siempre ser apreciados de vuestros mayores, recoger los lauros merecidos y no ser, como Rodolfo, castigados.

LUIS DE VAL

NUESTROS GRABADOS

FLORES SILVESTRES

No es una licencia poética demasiado excesiva llamar *flores silvestres* lo mismo á esas margaritas que á las bellísimas niñas que han hecho buena recolección de ellas en el frondoso bosque. Flores son, sí, constituyendo las tres niñas un preciosísimo ramillete.

MORSAS Ó VACAS MARINAS

Por la *Historia Natural* sabrán sin duda nuestros lectores que las Morsas son unos mamíferos carnívoros anfibios parecidos á las Focas, pero con unos grandes colmillos, y que habitan en los mares septentrionales del globo.

UN POZO DE CIENCIA

Tal parece ser ese señor estudiante, *devorante* de libros como él solo. Yo le alabo ciertamente el gusto; pero, caso de conocerle personalmente, cuidaría de manifestarle que además de estudiar tratase de hacer algún ejercicio, pues no conviene despreciar la higiene del cuerpo en beneficio exclusivo de la mente.

LOS DÍAS DE MAMÁ

Ese señorito, que ya se comprende es *de la antigua*, obsequia á su mamá con un magnífico ramillete, en lo cual hace lo que debe, pues se ve que está muy

Ayuntamiento de Madrid

bien educado; y de fijo habrá tenido gran parte en ello la digna señora á quien debe el ser y que por lo menos debe ser alguna condesa de linajuda estirpe.

GABINETE DE ESTUDIO

Con un gabinete tan cómodo y elegante se comprende que le vengan á uno, ó á una, ganas de estudiar. Sea como quiera, es digno de elogio que la gente que pueda destine en sus palacios una habitación para estudio, pues con demasiada frecuencia se ven suntuosos pisos en que ni por un remedio se encontraría un libro.

MATERNIDAD

¡Apacible escena! Una madre que tiene á su hijo dormido en su regazo: el gato á los pies. Es tan dulce aquella tarde de otoño que la ventana está abierta de par en par, dejando ver el vasto horizonte allá en el mar lejano.



CUENTOS RUSOS

(Conclusión)

Hecho este abominable convenio, empezaron á izar á su hermano; pero éste, que no tenía pelo de tonto, hubo de maliciar su siniestra intención, y, á fin de cerciorarse del fundamento de sus sospechas, ató á la cuerda una piedra que poco más ó menos podía tener el peso de su cuerpo. Izáronla sus hermanos hasta que llegó á una grande altura, y entonces la soltaron, haciéndose mil pedazos en el suelo.

Al ver esta iniquidad, Iván se echó á llorar amargamente y alejóse muy apesadumbrado de aquel sitio. Poco rato después encapotóse el cielo, rugió el trueno en lontananza, aproximándose gradualmente con acompañamiento de frecuentes y deslumbradores relámpagos, abriéronse las nubes dando paso al agua, y ésta empezó á caer con tal intensidad y abundancia que Iván se vió precisado á encaramarse á un árbol para guarecerse en su ramaje del furor de la tormenta.

Allí encontró á unos tiernos pajarillos casi anegados por la lluvia que inundaba sus nidos, y, compadeciéndose de ellos, quitóse la chaqueta, haciendo con ella un toldo que los preservaba del agua.

Apenas acababa de hacer esta buena acción, cuando apareció una ave tan descomunal que sus alas desplegadas oscurecían el aire. Esta ave era la madre de los pajarillos, la cual, admirándose de verlos tan bien cubiertos por aquella

improvisada tienda de campaña, preguntó quién era el autor de tan benéfico é ingenioso pensamiento. De pronto, viendo al príncipe, le dijo:

—¿Eres tú quien ha hecho eso? Te lo agradezco mucho, y en prueba de ello declárote que estoy pronto á hacer por ti lo que me pidieres.

—Pues si es así,—respondió Iván,—ruégote que me lleves al otro mundo.

—Para eso,—repuso el ave,—es preciso que hagas un *zasick* muy grande, que partirás en dos mitades, llenando la una de caza y la otra de agua para que yo pueda comer y beber á mi sabor.

Hízolo de este modo el príncipe, y, poniéndose el ave el *zasick* en las espaldas, emprendió el vuelo. En obra de pocos momentos llegaron al término de su viaje. El príncipe echó pie á tierra y despidiéronse muy afectuosamente. Después dirigióse Iván á casa de un sastre, pidiéndole trabajo; pues tan trocado estaba su aspecto, que nadie habria sido capaz de sospechar que fuese un príncipe aquel miserable mancebo.

Una vez que estaban él y el sastre conversando, preguntóle á éste Iván qué noticias se contaban en el país, y respondióle el artesano:

—Cosas inverosímiles, increíbles. ¿De dónde venís que no estáis enterado de lo que es hoy el tema único de todas las conversaciones?

—Pues confieso mi ignorancia,—repuso el príncipe;—no sé nada de esas cosas tan estupendas que decís. Vaya, contádmelo, que ya estoy impaciente por oiros.

—¡Pues es una friolera!—replicó el sastre.—Figuraos que nuestros dos príncipes (pues el tercero ha desaparecido, sin que nadie sepa dar razón de su paradero) acaban de llegar del otro mundo, trayendo de allí unas novias de portentosa hermosura; pero es el caso que éstas no quieren casarse con ellos, diciendo que sus vestidos nupciales han de ser como los que en el otro mundo usaban y que deben hacérselos sin tomar la medida. Ya podéis comprender que, á pesar del grande empeño que ha puesto el rey en complacerlas, no había de encontrar quien se comprometiese á realizar semejante prodigio.

Sonrióse el príncipe al oír esto, y respondió:

—Pues id á ver al rey y decidle que vos os encargáis de esa tarea.

—¿Qué he de hacer, pesia mí?—exclamó el sastre mirando á Iván con espantados ojos, como temiendo que hubiese perdido el juicio.—¿Cómo me las compongo para llevar á cabo una obra imposible como esa?

—Id y no os dé cuidado,—repuso con tranquilo acento el príncipe.—Yo me encargo de todo.

Dominado el sastre por la serenidad y entereza de su interlocutor, presentóse al rey, el cual mandó entregarle acto continuo todo el dinero que pidiese, mostrándose muy alborozado de ver que por fin había quien se ofreciese á hacer los vestidos.

Al regresar á su casa, díjole el príncipe:

—Ahora rogad á Dios que nos depare su ayuda y dormid á pierna suelta, que mañana, al despertar, ya encontraréis terminada vuestra tarea.

Tal ascendiente había adquirido el mozo en el ánimo de aquel sencillo artesano, que, sin pedirle más explicaciones, se acostó muy tranquilo, confiando en la bondad de Dios y en la palabra del mancebo.

Al dar las doce de la noche, el príncipe se levantó, salió al campo, sacó del bolsillo los huevos mágicos que las doncellas le habían dado, y, siguiendo puntualmente sus instrucciones, los convirtió en tres palacios. Entró en ellos, tomó los trajes de las princesas, volvió á trasformar los palacios en huevos y regresó á su casa. Una vez allí, colgó los vestidos y echóse á dormir.

Al despuntar el día despertó el sastre y profirió una exclamación de asombro. El pobre hombre creía estar soñando y no cesaba de restregarse los ojos al ver aquellos vestidos tan elegantes y cubiertos de oro, plata y piedras preciosas. Los cogió y fué corriendo á palacio, presentándolos al monarca.

Cuando las princesas vieron aquellos vestidos que habían llevado en el otro mundo, comprendieron en seguida que el príncipe Iván debía andar muy cerca de allí; pero, aunque se comunicaron esta idea con los ojos, guardáronse muy bien de manifestarla con los labios.

Volvióse el sastre á su casa, mas ya no encontró en ella á su misterioso huésped: el príncipe había ido á ofrecer sus servicios á un zapatero, y tanto éste como todos los artesanos por los cuales fué sucesivamente empleado no tuvieron por qué arrepentirse de ello, pues merced á sus mágicos talismanes, á todos hizo salir airosos de su empeño, labrando de este modo su fortuna.

Ya tenían las princesas sus vestidos, y parecía que con esto habían de darse por muy contentas. Sin embargo, distaban mucho de estarlo, pues no cesaban de llorar amargamente, viendo que el príncipe no se presentaba y que ya no les era posible aplazar por más tiempo las bodas. Cuando estuvieron ya aparejadas para la ceremonia, la princesa más joven dijo al rey:

—Señor, permitid que distribuya algunas limosnas entre los pobres.

El rey no tuvo inconveniente en ello y la princesa se puso á observar el semblante y maneras de todos los mendigos á los cuales iba socorriendo. De pronto detúvose delante de uno en cuya mano vió brillar la sortija que ella misma había dado al príncipe Ivan en el otro mundo, y junto á ésta las que le habían dado sus hermanas. Gozosa del descubrimiento, cogió de la mano al príncipe y lo presentó al rey, diciéndole:

— Señor, éste es el animoso mancebo que nos sacó del otro mundo. Sus hermanos no querían que os revelásemos que aun vivía, amenazándonos con la muerte si descubríamos el secreto.

Encolerizado el rey al oír esto, castigó severamente á sus dos hijos mayores, celebrándose poco después las tres bodas.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pía y Valor: Archa de San Bernardo, 38, principal. MADRID.—Ramón Molina: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid